

## Ficción

Miquel Barceló

**Sistema seguro**

El hombre, cuidadoso, miró a derecha e izquierda y, sólo después de comprobar que nadie le veía, tecleó cinco dígitos. El clásico ábrete sésamo volvió a funcionar por enésima vez y la puerta se abrió. El edificio era antiguo y todavía mantenía el viejo sistema de control de entrada. Por eso lo usaban los conspiradores. En los sistemas más recientes, la detección automática de identificación y localización convertía los controles de acceso en algo inviolable.

Tras la puerta que se había cerrado inmediatamente se hallaba una muy amplia habitación prácticamente vacía, un maltrecho almacén que parecía inútil y abandonado. Cuatro personas se encontraban ya sentadas en torno a una vieja mesa de madera que se hallaba a varios pasos a la izquierda de la entrada. Tres hombres y una mujer. Todos jóvenes.

Uno de los hombres sentados se levantó, se acercó al recién llegado y le palmeó en la espalda mientras le indicaba una silla. Si habían estado hablando, la conversación se había interrumpido con la entrada del quinto y, al parecer, último componente del grupo.

Volviendo a tomar asiento, el que había asumido el papel de introductor rompió el que parecía un forzado silencio.

-Ya estamos todos. Pedro, ¿estás seguro de que no te han seguido? -se dirigió al recién llegado.

-Todo lo seguro que se puede estar.

-Al menos, desde el punto de vista técnico, somos invisibles. ¿No es así? -casi bromeó la joven.

-Habría que encontrar otro lugar de reunión más accesible. Sólo llegar aquí es ya bastante complicado, y más sin las Ayudas. Haberse quitado el chip tiene sus inconvenientes.

-Déjalo Juan, no sigas quejándote. En eso, al menos por ahora, no podemos hacer nada. Los sistemas de seguridad de otros edificios más nuevos y céntricos no nos permitían la entrada. No somos localizables. Eso lo sabemos todos. Por ahora no hay otra opción -el pequeño intercambio sugería que había una especie de contencioso personal entre la chica y el llamado Juan.

-Vayamos al grano. Veamos lo que se ha podido hacer. Empieza tú, Luis -el que había iniciado la conversación parecía adoptar ahora una posición de predominio y dirección que los otros aceptaban de buen grado.

-Lo mío funcionó pero no parece haber sido grave. Como imaginábamos, el sistema de control viario en la A-326 es antiguo y ha sido fácil alterarlo, aunque me temo que la respuesta fue demasiado rápida. En sólo dos horas lograron

corregir el sistema. Pese a lo que pensaste, Alex, no ha servido de mucho -Luis no parecía contento.

-Pero, ellos lo saben. ¿Lo hiciste de forma que se notara nuestra intervención?

-Sí, claro. Quedó claro que no era una avería espontánea. Dejé el mensaje. En ese sentido fue un éxito.

-¿Y tú, Juan?

...

La conversación siguió con un repaso somero y más bien desencantado de pequeñas acciones de sabotaje prácticamente inútiles y poco efectivas. No parecía que los conspiradores tuvieran ni demasiada experiencia ni, tampoco, demasiado éxito.

De repente las ventanas dejaron pasar luces y ruidos inesperados. Los conspiradores se miraron unos a otros con caras de terror. Alguien gritó «¡Nos han encontrado!», mientras la puerta se abría y entraba un numeroso grupo de policías.

Los conspiradores, sabiéndose derrotados no ofrecieron resistencia. A su salida del viejo almacén les esperaban cuatro coches policiales y un furgón mientras dos helicópteros iluminaban el lugar desde las alturas. La conspiración se daba por terminada. Todos intuían lo que el futuro les deparaba.

En el cuarto de interrogatorios, Pedro se obstinaba en callar. El policía seguía perorando.

-Si no quieres hablar es tu problema. Al fin y al cabo lo sabemos todo de ese grupito de mierda. No sois los únicos, ¿sabes?

El silencio seguía siendo la única respuesta. Pedro tomó otro sorbo del vaso de agua que estaba ante él. Los pausados movimientos y el mismo frescor del agua eran como un refugio inesperado en una situación de la mayor indefensión. Descubiertos y detenidos. Mala suerte.

-Muchos hacen lo que vosotros, se quitan el chip y se creen que todo está hecho. Que sois invisibles. ¡Imbéciles! Cuando aprenderéis que no es posible. Que no sirve para nada.

La sorpresa asomó espontánea a la cara de Pedro y, casi de forma involuntaria, éste rompió su silencio.

-Pero, sin el chip...

-Mira, pardillo, el chip es importante, pero no lo es todo. El ADN también sirve. Y mucho...

-¿El ADN?

-Sí, hombre, sí. ¿Porqué crees que se llama doy-y-recibo? Se inserta el chip, pero se extrae el ADN.

-¿..?

-El chip sirve para que todos estemos localizados. Y te aseguro que cuando te quitaste el tuyo, nos enteramos. Y tanto que nos enteramos. El ordenador lo acusó como un vacío, consultó con los otros sistemas de seguridad por si había habido un desplazamiento a otro sistema y, en fracciones de segundo, supo que te habías sacado el chip. Tengo entendido que duele bastante, ¿no? Y todo para nada.

-¿Para nada?

-Claro, cuando el ordenador detecta el vacío y comprueba que no hay desplazamiento que lo justifique, nos pasa aviso a nosotros. ¿Nunca te habías preguntado qué hacíamos? ¿De verdad creías que sólo éramos segundones en el sistema de seguridad? Nada de eso. Somos imprescindibles.

-¿Incluso con el control informático?

-Claro. Cuando algunos locos como vosotros os quitáis el chip, entramos nosotros. Al viejo estilo, el de los sabuesos metomentodo de las viejas películas ópticas. Seguir sin ser notados, detener cuando el sistema informático no puede usar el chip para inmovilizar. Oye, chico, somos los viejos policías de siempre aunque ahora las máquinas hagan la mayor parte del trabajo. Afortunadamente los tíos como tú sois nuestra mayor fuente de satisfacción. Si no fuera por vosotros nos aburriríamos de lo lindo...

-¿Entonces, hay muchos como yo? -la pregunta era tímida y parecía buscar consuelo en la multiplicidad de esos intentos condenados, ahora lo veía, al fracaso.

-Claro. De momento. Aunque ese tipo de patología, como las otras, desaparecerá con el tiempo. Todo llegará.

-¿Cómo?

-Os obsesionáis demasiado con el chip. Ciertamente sirve para controlar. Y es muy útil. Por eso los viejos ritos como el bautismo o la circuncisión se han cambiado por el doy-y-recibo. El control es absoluto desde que se implantó el sistema, aunque todavía no ha habido tiempo para hacerlo efectivo en toda su potencialidad.

-¿Efectivo?

-Mira, lo primero es el control. Todos estamos bajo control desde entonces. Es mucho más completo que ese viejo y primitivo sistema de trazar la actividad de la gente con el uso de sus tarjetas de crédito o sus compras en la red. Ahora sabemos siempre dónde está todo el mundo. Y, evidentemente, las tarjetas de crédito, el dinero electrónico, las compras y consultas en la red, los mensajes que envías y lees, las páginas que consultas, todo se almacena en el expediente personal. El control ya es absoluto.

-Pero sin el chip...

-Sin el chip es, por unos días, un poco más difícil. Ahí entramos nosotros y, claro, el otro aspecto del doy-y-recibo. Recibes un chip, sí, pero también se extrae el ADN. No en todos los casos, pero cuando resulta necesario, se procesa la información del ADN. En tu caso, por ejemplo. Sabiendo que tienes la patología de la libertad individual, se procesa tu ADN, se localizan esos fallos y se diseña la cura.

-¿Curar el ansia de libertad?

-Claro. Por terapia genética. Consume muchos recursos de esos nuevos procesadores cuánticos y por eso sólo se hace en

los casos en que es imprescindible. Afortunadamente la mayoría no lo necesita y cada vez habrán menos tíos como tú. Seguro.

-¡No!

-Claro que sí. Os obsesionáis tanto con el chip que no pensáis en el ADN. ¿De verdad crees que lo que estás bebiendo es sólo agua? Ya tienes la dosis dentro. Ahora sólo es cuestión de tiempo...

Pedro contempló horrorizado el vaso de plástico que sostenía entre las manos. Tuvo la suficiente sensatez de no tirarlo. Ya no importaba. El daño estaba hecho. Como decía el policía era sólo cuestión de tiempo. Maldita infotecnología que se creía el centro del mundo. El problema, el verdadero problema, estaba en otro sitio.